

RUTA SEPETYS

VOY
A
traicionarte

Traducción:
ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA



© Luc Delahaye

En memoria de los valerosos estudiantes rumanos
21 de diciembre de 1989

EUROPA EN 1989

OCEANO ATLANTICO





FINLANDIA

Helsinki

Estocolmo

Mar Báltico

Moscú *

UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS

Varsovia

POLONIA

• Cracovia

LOVAQUIA

Budapest

HUNGRÍA

RUMANÍA

Transylvania

Timisoara

Bucarest

Mar Negro

Belgrado

YUGOSLAVIA

BULGARIA

Sofía

Estambul

Skopie

Ankara

TURQUÍA

GRECIA

Mar Egeo

Esmirna

ALBANIA

Tirana

Atenas

Mar de Creta

Nicosia

CHIPRE

SIRIA

IRAK

BAJO EL MARCO DORADO

SUB RAMA POLEITĂ

VIVÍAN EN LA OSCURIDAD.

Sombras que respiraban.

Manos hundidas en el fondo de los bolsillos, ocultando unos dedos helados cerrados en puños.

Evitaban los ojos de los demás. Mirar el rostro del miedo conllevaba el riesgo de quedar atrapado por su resaca. Pero, de algún modo, siempre tenían encima unos ojos invisibles. Incluso en la más profunda de las oscuridades.

Vigilando. Siempre vigilando.

«La sensación permanente de vigilancia de Rumanía.»

Así es como se la ha descrito: el peso de una tormenta secreta.

Esto no está narrado a partir del recuerdo.

Hubo un estudiante, un joven de Bucarest, la capital, que lo escribió todo.

Luego temió haber cometido un error.

Y, ya que hablamos de errores. Algunos creen que Drácula es el personaje más aterrador vinculado al país. Cuando descubran la verdad, ¿esta les perseguirá?

Drácula es ficción, no tiene una conexión real con la historia de Rumanía. Pero una vez hubo un monstruo sanguinario de verdad, que vivía en un castillo. Permaneció en su torre veinticuatro años. Mientras Drácula elegía unas víctimas concretas, este otro monstruo decidía ser malvado y cruel... con todos.

Les negaba comida y electricidad, verdad y libertad.

Los ciudadanos de Rumanía fueron estoicos y resistentes, pero sufrieron una tiranía de terror.

«¿Cuántos?», te preguntarás.

Veintitrés millones de personas.

Unos nombres y una historia muy poco conocida. Pero...

Una caja metálica encontrada junto a una tumba. En su interior había un manuscrito.

Así es como un muchacho contó la historia.

Din biroul lui
Cristian Florescu

CIOARA

BUCAREST, RUMANÍA

1989

1

UNU

EL MIEDO SE presentó a las cinco en punto.

Era un viernes gris del mes de octubre.

¿De haberlo sabido? Habría salido corriendo. Habría intentado esconderme. Pero no lo sabía.

Entre la débil media luz del pasillo de la escuela vi aparecer a Luca, mi mejor amigo. Caminaba hacia mí, pasando junto al tedioso cartel que proclamaba desde la pared de hormigón:

Nuevos hombres de Rumanía:

¡Larga vida al comunismo, brillante futuro de la humanidad!

En aquel tiempo, mi mente giraba en torno a algo muy alejado del comunismo. Algo mucho más inmediato.

Las clases terminaban a las siete en punto. Si salía en el momento exacto, me cruzaría con ella, la chica silenciosa de los ojos ocultos tras el pelo. Parecería un encuentro casual, no forzado.

Luca pegó su cuerpo alto y fino junto al mío.

—Es oficial. Mi estómago se está devorando a sí mismo.

—Toma. —Le ofrecí mi bolsita de pipas.

—Gracias. ¿Te has enterado? La bibliotecaria dice que eres una mala influencia.

Me reí. Puede que fuese cierto. Los profesores definían a Luca como alguien dulce, mientras que de mí decían que era sarcástico. Si yo era de puño fácil, él era de los que separaban en las peleas. Luca siempre estaba ansioso por actuar, y yo prefería evaluar y observar desde lejos.

Nos detuvimos para que pudiera hablar con un grupo de chicas que se cruzaron en nuestro camino. Esperé, impaciente.

—Ey, Cristian —sonrió una de ellas—. Bonito peinado. ¿Te cortas el pelo con un cuchillo de cocina?

—Sí —respondí por lo bajo—. Con los ojos vendados.

Me despedí de Luca con un gesto de cabeza y continué por el pasillo en solitario.

—¡Alumno Florescu!

La voz pertenecía al director de la escuela. Estaba en el vestíbulo, charlando con un colega. El camarada director cambió de postura e intentó mostrarse relajado.

Nada era relajado.

En clase, nos sentábamos con la espalda firme. El camarada instructor daba la clase, bramando a nuestro grupo de cuarenta estudiantes. Todos nosotros escuchábamos, completamente inmóviles, mientras forzábamos la vista por la luz mortecina. Nos apuntaban como «presentes» en el cuaderno de asistencia, pero por lo general estábamos ausentes, en nuestro mundo.

Luca y yo íbamos al Liceo con traje azul marino y corbata. Todos los chicos vestían igual. Las chicas, con pichi azul marino y cintas blancas para el pelo. Unas insignias bordadas cosidas a nuestros uniformes identificaban a qué escuela íbamos. Pero en otoño e invierno los uniformes escolares no se veían. Se tapaban con abrigos, bufandas de punto y guantes para combatir el intenso frío de nuestro edificio de hormigón sin calefacción.

Frío y oscuro. Dolor en los nudillos. Resulta difícil tomar apuntes cuando no sientes los dedos. Es complicado concentrarse cuando se va la luz.

El director carraspeó y repitió:

—Alumno Florescu, diríjase a Administración. Su padre ha dejado un mensaje para usted.

¿Mi padre? Mi padre nunca venía a la escuela. Yo apenas lo veía. Trabajaba en turnos de doce horas, seis días a la semana, en una fábrica de muebles.

Un nudo tenso se me enroscó en el estómago.

—Sí, camarada director.

Me dirigí hacia allí, como me había dicho.

¿En otros países serían capaces de entenderlo? En Rumanía hacíamos siempre lo que nos decían.

Y nos decían muchas cosas.

Nos decían que todos éramos hermanos y hermanas en el comunismo. Dirigirse a los demás con el término «camarada» reforzaba la idea de que todos éramos iguales, sin clases sociales que nos dividieran. Los buenos hermanos y las buenas hermanas en el comunismo respetaban las reglas.

Yo fingía que respetaba las reglas. Me guardaba cosas para mí, como mi interés por la poesía y la filosofía. También fingía otras cosas: fingía que había perdido mi peine, pero en realidad prefería llevar el pelo de punta; fingía no darme cuenta cuando me miraban las chicas. Y también esto otro: fingía que estudiaba inglés por mi compromiso con el país.

«Las palabras son armas. Así podré luchar contra nuestros enemigos americanos y británicos con la palabra, no solo con pistolas.»

Eso es lo que decía.

En nuestro curso de armamento, «Formando a los jóvenes para defender el país», nos empezaban a entrenar con pistolas en la escuela a los catorce años. ¿Eso es ser mayor o pequeño en comparación con otros países? Recuerdo que anoté esa pregunta en mi cuaderno secreto.

En realidad, mi deseo de hablar inglés no tenía nada que ver con combatir a nuestros enemigos. ¿Cuántos enemigos teníamos? Sinceramente, no lo sabía. La verdad era que la clase de inglés estaba llena de chicas inteligentes y silenciosas. Chicas en

las que fingía no fijarme. Y, si hablaba inglés, podría entender mejor las letras de las canciones que escuchaba de manera ilegal en las emisiones de La voz de América.

Ilegal, sí. Había muchas cosas ilegales en Rumanía, incluidos mis pensamientos y mi cuaderno. Pero estaba convencido de que podría mantener todo aquello en secreto. A fin de cuentas, el manto de la negrura es grueso y pesado. Bueno para ocultar cosas, ¿no?

Avancé por el oscuro pasillo, camino a Administración.

Era un idiota.

Pero todavía no lo sabía.

2

DOI

ENTRÉ EN LA oficina de Administración de la escuela. La anciana y frágil secretaria me vio y bajó la mirada, evitando el contacto visual. Con un dedo arrugado apuntó en dirección al despacho del director.

El nudo de mi estomago se apretó más fuerte.

Un habitáculo sin ventanas. El techo sucio de nicotina. El rancio olor a papel enmohecido suspendido en el aire. Colgado sobre la sencilla y maciza mesa del director había un retrato con marco dorado. Retratos idénticos decoraban toda Rumanía: aulas, estaciones de tren, tiendas, hospitales e incluso cubiertas de libros.

Él.

Nicolae Ceaușescu.

Nuestro amado líder. Nuestro héroe. El indomable líder del gran Partido Comunista de Rumanía y vampiro para millones de cuellos. ¿Una metáfora ilegal? Por supuesto.

El retrato nuevo mostraba a nuestro héroe con las mejillas sonrosadas y un abundante y ondulado cabello castaño. Llevaba veinticuatro años guiando a la nación de Rumanía junto a su mujer, la Heroína Madre Elena. No me entretuve con el cuadro que mostraba una versión mucho más juvenil de nuestro líder. En lugar de eso, mis ojos se posaron en el extraño que había sentado bajo el retrato.

Mediada la treintena. La línea de las cejas ininterrumpida. Más cráneo que pelo. Las manos del tamaño de raquetas de tenis y una anchura de espaldas que superaba con mucho la de la silla.

—Cierra la puerta —ordenó el hombre.

Cerré la puerta, pero no me senté. No me habían dado permiso para hacerlo.

El extraño repasó un expediente que tenía delante. Una foto grapada a la esquina superior de la carpeta mostraba a un joven de pelo revuelto y oscuro y ojos claros. Ahí fue donde se me cayó el alma a los pies.

Sentado a un metro de distancia no solo tenía a un hombre-tón cejijunto con unas manos inmensas.

No.

Ese hombre era un ejecutor, un caballero oscuro, un espía. Era un agente de la Securitate, la temible policía secreta rumana. Y tenía entre las manos un expediente y una foto.

Míos.

«Dicen que hay un Secu por cada cincuenta rumanos —me advirtió una vez mi hermana Cici—. Somos veintitrés millones de rumanos. Echa la cuenta. Los agentes de la Securitate están por todas partes.»

Los llamábamos «los chicos de los ojos azules». Además del apodo, por lo general eran fáciles de reconocer. En nuestro país, si tu familia tenía la suerte de poder permitirse un coche y esperar cinco años hasta que hubiera uno disponible, sabías lo que te iban a dar. Solo había una marca de coches, los Dacia. Y los hacían en pocos colores, como el blanco, el azul o el verde. Pero la policía secreta tenía Dacias negras. Un joven de nuestro bloque de viviendas tenía uno negro. Yo lo observaba desde el balcón de nuestra casa. Me fascinaba desde lejos.

El hombre que tenía delante conducía un Dacia negro, estaba seguro. Pero no me fascinaba.

Me asustaba.

El agente reclinó la espalda, torturando la silla de metal en la que estaba sentado. Sus ojos perforaban agujeros silenciosos en

mí, derribando los muros de mi confianza. Esperó y esperó, dejando que los agujeros se llenaran de miedo.

De repente, cambió de postura. Las patas delanteras de la silla chirriaron contra el suelo. Se estiró sobre la mesa, exhaló la nicotina muerta que habitaba en su lengua amarillenta y pastosa. Sus palabras todavía me persiguen.

—Eres Cristian Florescu —dijo—, y sé lo que has hecho.

3

TREI

EL HOMBRE SABÍA lo que yo había hecho.

¿Qué había hecho?

Es verdad que la mayoría de los rumanos se saltaban las reglas de un modo u otro. Había muchas para saltarse y mucha gente para informar de que te las habías saltado.

Un compositor había escrito la letra de una canción negativa sobre la vida en Rumanía. Acabó internado en un manicomio.

Descubrieron a un estudiante de universidad con una máquina de escribir sin registrar. Terminó en la cárcel.

Si alzabas la voz para protestar podías acabar detenido por «agitador político». Pero yo no había protestado en voz alta; lo hacía casi todo en silencio, en secreto. Entonces, ¿qué había descubierto ese agente?

¿Sería mi antena de radio casera? ¿Los chistes que me inventaba? ¿Sería la guía de viaje?

Compraba cosas en inglés de estraperlo a través de un contrabandista del barrio llamado Estrella de Mar. Leer textos de contrabando en inglés mejoraba mi vocabulario. Mi última adquisición había sido un puñado de páginas arrancadas de una guía de viajes impresa en Inglaterra. A los turistas se les solían confiscar las guías de viajes y los mapas extranjeros que llevaban consigo. Al leer aquellas páginas, comprendí el motivo:

Situación pésima en Rumanía.

Nicolae Ceaușescu. Líder implacable. Megalómano.

Todo el mundo sometido a vigilancia.

Peor sufrimiento humano que en cualquier otro país del bloque del Este.

Y esto otro:

El pueblo rumano es inteligente, hermoso y acogedor, pero tienen prohibido relacionarse con los extranjeros. Imagínense un manicomio en el que los dementes dirigen la institución y se castiga a los empleados por su cordura. Es mejor evitar Rumanía. En su lugar, visiten Hungría o Bulgaria, donde las condiciones son mejores.

El apunte sobre la vigilancia era cierto. Cualquiera era un posible objetivo. Ella, la Madre Elena Ceaușescu, había llegado a decretar que los balcones de las viviendas permanecieran siempre completamente visibles. El Partido Comunista tenía derecho a verlo todo en todo momento. El Partido era dueño de todo. Y los Ceaușescu eran los dueños del Partido.

«¡Qué simpáticos! Como ellos no tienen que vivir en un bloque de cemento...», comenté en cierta ocasión con sorna.

«¡Sshh! No se te ocurra volver a decir eso en voz alta», susurró mi madre.

No lo había vuelto a decir, pero había escrito sobre ello en mi cuaderno.

Mi cuaderno. Espera, ¿tendría esto algo que ver con mi cuaderno?

El agente me indicó con un gesto que me sentara. Me senté.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me preguntó.

—No, camarada teniente.

—Camarada comandante.

Tragué saliva.

—No, camarada comandante. No sé por qué estoy aquí.

—Entonces permíteme que te ilustre. Tienes una impresionante colección de sellos. Has vendido un sello antiguo de

Rumanía. Realizaste la transacción con un foráneo y aceptaste moneda extranjera. Ahora eres culpable de tráfico ilegal y vas a ser sometido a juicio.

Un escalofrío me recorrió la nuca. Algo hizo clic en mi cerebro.

El sello antiguo.

El billete de dólar.

Aquello fue hace dos meses. ¿Hace cuánto que lo sabían?

—Yo no vendí el sello —dije—. Se lo di. Ni siquiera encontré el...

Me detuve. En Rumanía era ilegal hasta pronunciar la palabra «dólar».

—Ni siquiera encontré el... billete... hasta pasados unos días, cuando abrí el álbum. El hombre debió de dejarlo ahí sin que yo lo viese.

—¿Cómo llegaste a contactar con un adolescente americano, para empezar? La interacción con extranjeros está prohibida. Debes informar de inmediato de cualquier contacto con ellos. Eres consciente de eso.

—Sí, camarada comandante. Pero mi madre limpia los apartamentos de dos diplomáticos americanos. Consta oficialmente.

Pero había otras cosas que no constaban oficialmente. O al menos eso pensaba yo. Había conocido al hijo del diplomático americano mientras esperaba a mi madre. Nos caíamos bien. Intercambiábamos sellos. Charlábamos. Le eché un vistazo a su cuaderno y decidí empezar uno propio.

—Tu madre limpia los apartamentos de diplomáticos americanos. ¿Cómo consiguió ese trabajo?

—Creo que por un amigo. —En realidad, no me acordaba—. Conocí al americano mientras esperaba a mi madre. Suelo acompañarla de vuelta a casa, le cuesta ver en la oscuridad. Le asusta mucho.

—¿Estás diciendo que incurriste en actividades monetarias ilegales con un adolescente americano porque tu madre tiene

miedo a la oscuridad? El problema de tu madre no tiene nada que ver con tu delito, pero el castigo se hará extensivo a toda tu familia.

¿Delito? ¿Toda mi familia?

Pero si no acepté el dólar. Simplemente... apareció ahí.

¿Cómo podía saberlo ese hombre?

Las súplicas de mi madre y mi hermana aparecieron en coro:

«No le cuentes nada... a nadie.»

«Recuerda, Cristian, nunca sabes quién está escuchando.»

«Por favor, no llames la atención sobre nuestra familia.»

Observé al agente que tenía delante. Un sudor gélido cubría las palmas de mis manos y una polilla invisible aleteaba en mi tráquea. En Rumanía, la Securitate tenía más poder que los militares. Ese hombre podía destrozarnos. Podía poner a nuestra familia bajo vigilancia aumentada. Podía echar por tierra mis posibilidades de ir a la universidad. Podía hacer que despidieran a mis padres. O algo peor.

El agente se inclinó hacia delante para posar sus enormes raquetas de carne sobre el escritorio.

—Veo que estás embriagado por la gravedad de la situación. Me han dicho que eres un buen estudiante, talentoso, un atento observador entre tus compañeros. Hoy me siento generoso.

Me estaba dejando ir con una advertencia. Respiré agradecido.

—*Mulțumesc*. Yo...

—¿Me das las gracias? Todavía no has escuchado lo que voy a proponerte. Es sencillo y, como he dicho, muy generoso por mi parte. Seguirás yendo con tu madre para acompañarla de vuelta a casa. Seguirás relacionándote con el hijo del diplomático americano. Y me pasarás información sobre su hogar y toda su familia.

No era una propuesta. Era una orden, y una orden que transgredía todos los principios de la decencia. Me convertiría en un

turnător, en una rata que informaría en secreto sobre la vida privada de los demás.

Jamás podría contárselo a mi familia. El engaño permanente. Debía negarme. Pero, si lo hacía, mi familia iba a sufrir. De eso estaba seguro. Entonces, en medio del silencio, el agente hizo su movimiento final.

—Dime, ¿cómo está tu *bunu*?

Jaque mate. La simple mención de aquel nombre me debilitó.

El hombre conocía a mi abuelo. Bunu era una luz llena de sabiduría y filosofía. Bunu sabía de mi interés por la poesía y la literatura. Bunu me animaba. En silencio.

«Nos roban nuestro poder haciéndonos creer que no tenemos ninguno —decía Bunu—. Pero las palabras y las frases creativas tienen fuerza, Cristian. Explora ese poder en tu mente.»

La colección de sellos era el tesoro de mi abuelo. Había sido nuestro proyecto secreto durante años.

Teníamos otros secretos, como la leucemia de Bunu. Lo había devastado demasiado rápido.

«No se lo cuentes a nadie», suplicaba nuestra madre, siempre nerviosa.

No hacía falta. Cualquiera podía ver que un hombre sano y lleno de vitalidad de repente se había vuelto gris y marchito. Levantaba la sartén y le crujían las muñecas.

Manos de Acero carraspeó.

—Es una propuesta generosa. Trabajaremos juntos. Tú me pasas información y yo te doy medicamentos para Bunu. No sufriré.

Y ASÍ FUE como todo empezó.

Era Cristian Florescu. Nombre en clave: OSCAR.

Un espía de diecisiete años.

Un confidente.

|| INFORME OFICIAL DE RECLUTAMIENTO DE OSCAR ||

Ministerio del Interior

ALTO SECRETO

Departamento de Seguridad del Estado

[15 Oct. 1989]

Dirección III, Servicio 330

Para la supervisión informativa del diplomático estadounidense Nicholas Van Dorn (nombre del objetivo: VAIDA), la fuente FRITZI nos remitió a Cristian Florescu (17), estudiante en el Liceo MF3. La madre trabaja como asistente del hogar para Van Dorn y tiene acceso a la familia. Florescu ha sido descrito como una persona inteligente, observadora y discreta, con una gran facilidad para los idiomas. También tiene acceso al apartamento y la familia de Van Dorn. Se contacta a Florescu en el recinto del Liceo y se utiliza el subterfugio de un comercio ilegal de sellos como base para su reclutamiento. Florescu se muestra receloso, pero acepta pasar información como OSCAR cuando una vez se le ofrece la opción de medicación para su abuelo. OSCAR será empleado para:

- Interactuar con Dan (16), el hijo de Van Dorn.
- Establecer las pautas horarias de la familia Van Dorn.
- Conocer qué personas frecuentan la residencia.
- Conseguir un plano y croquis detallado de la residencia de Van Dorn.
- Determinar la actitud general de los Van Dorn respecto a Rumanía.